

Diario de un guardameta (1931)

Francisco Peláez (Tario)

Sólo algunas páginas sobreviven del diario que Francisco Tario (1911-1977) escribió en 1931, cuando apenas tenía 19 años. Jugaba como portero en el equipo Asturias (a las órdenes del entrenador Juan Luque de Serrallonga) e iniciaba su romance con Carmen Farell, con la que se casaría. Son de esa época sus primeros ejercicios literarios; una década más tarde dio a la imprenta La noche (1943), extravagante colección de historias fantásticas que abre su bibliografía. A cien años del nacimiento de Tario, revelan estos fragmentos rescatados nuevas perspectivas de un autor singular. (Alejandro Toledo)

Día 12.— Es domingo. Será la inauguración del Parque Alianza y jugaremos contra el Germania. Hace un día espléndido. Me levanto a las 8 y tomo un baño de regadera antes de irme al campo. Desayuno un trozo de lomo y una cerveza helada. Salgo con Manuel para buscar a Poncho; iremos juntos al partido, que terminó con una victoria nuestra 2/1. He quedado



muy satisfecho de mi actuación. Telefono a Carmen para informarle del partido. Hoy comeré con mis padrinos en Orizaba, según viene siendo costumbre. Como se hace tarde, me levanto de la mesa a las cuatro menos cuarto. Un coche me deja en la iglesia de La Unión, en cuya esquina encuentro a Carmen, Sánchez, etc. Pasamos la tarde en el cine Imperial, donde vimos *Olimpia*, de José Crespo. Una mediana película hablada en español, pero tarde inolvidable (!). En el coche de Sánchez vamos hasta las Lomas de Chapultepec. Los dejaré a las siete y media, pues tengo que encontrar a papá a las ocho. Llego puntualmente a Mesones; después fuimos al Regis a ver *Dixiana*, de Bebe Daniels. Pongo el radio en casa para oír las reseñas de futbol y toros. Me acosté a las once aproximadamente.

Día 14.— Llueve. Parece una mañana londinense. Los abrigos han salido a relucir y todo el mundo en la calle se frota las manos. Voy al correo a retirar unos paquetes postales. Hablo a Carmen desde el lugar de costumbre; una charla larga y deliciosa. Encontré al entrenador del Asturias, Serrallonga, quien me indicó que acaso reforzara yo al Germania el domingo en su partido contra los argentinos del Vélez Sarsfield. Carmen sigue de catarro y hoy no iré a verla. Por fin, nos arreglamos; tiene un fuerte constipado y temo que le haga daño. Recogí nuevas fotografías del partido. Comí tarde y me dormí un poco. A las siete y cinco de la noche sufrimos un terrible temblor de tierra; el más fuerte que recuerdo. La ciudad se quedó a oscuras y salimos despavoridos a la calle. La gente gritaba en las casas y el cielo estaba totalmente rojo. Las puertas de la caja fuerte se cerraron de golpe como si fueran de papel. Padrino y la señorita se quedaron en el despacho y los demás pasamos el susto en el zaguán. Cuando cesó, se oyeron las sirenas

de los bomberos y las ambulancias. Traté en vano de telefonar a Carmen, pues estaban interrumpidas las líneas. Al fin lo logré; nada ha sucedido pero está muy asustada. La noche continúa extraña: hace frío y el cielo sigue teñido de rojo. Escucho por radio los resultados del sismo: varios muertos y muchos heridos. Después escucho algo de música.

Día 15.— Me levanto temprano y leo los periódicos. Oaxaca ha quedado en ruinas y en la ciudad de México hubo varios derrumbes, sin muchas víctimas afortunadamente. Continúa el frío. Hablé con Carmen a



las once; sigue con el catarro, aunque no tan fuerte como ayer. Nos citamos en la esquina de la iglesia, donde la encuentro a la una y cuarto. Fuimos al Jardín Morelos, donde comentamos los sustos del día de ayer. Le mostré unas fotos de Parres, que le gustaron mucho. Después de comer, dormí una siesta breve. He estado buscando las cartas de Elba, de quien tuve unos renglones pidiéndome le devuelva todo lo que tenga suyo en mi poder. Falta una carta que no encuentro, por lo que no le enviaré nada hasta mañana, que busque con más calma. Ignoro sus intenciones. En la tarde, escribí el primer capítulo de una novela (que no terminaré). Se lo enviaré a Carmen por entrega inmediata. Probablemente le guste. Por la noche me dormí a las once.

Día 16.— Sigue el tiempo invernal. Me levanto temprano. A medida que avanza la mañana el sol empieza a brillar, pero la temperatura continúa muy baja. Hablé con Carmen, que saldrá al centro con su mamá. No iré, pues, a verla. Recibió el capítulo de mi novela y dice que le encanta. A las doce y media hubo un nuevo temblor de tierra, aunque más leve que el anterior. Comí temprano, a la una y media. Después me acosté. La tarde amenaza lluvia. Carmen va a escribirme; aguardo sus letras como agua de mayo. Pasé la tarde esperando, pero la carta no ha llegado. Le telefoneé a las siete y media; me dijo que había tenido que salir por la tarde y no había podido escribirme. Justo es decirlo que me sentí decepcionado. Ya le envié a Elba sus cosas; ya hallé la carta extraviada. Mañana tendrá en su poder todo y veremos qué pasa.

Día 17.— El día está algo más tibio. Perdí la mañana entera en recoger unos cigarrillos que me mandaron de

Inglaterra. Comeré temprano porque hoy tampoco veré a Carmen. Recibí su carta con una pequeña fotografía de nuestra excursión a Cuautla hace unas semanas. A las seis le hablo de nuevo y pasamos un delicioso rato. Esta noche iré con Manuel a la Arena Nacional a ver la pelea entre el negro Godfrey y Rushell, el campeón americano de lucha libre. Un curioso desafío. Gana el negro rotundamente. Volvimos a casa caminando. Parece que amainó la onda fría. Hay luna y el cielo está muy despejado.

Día 18.— De nuevo el frío. Me levanto a las ocho y media, pues hoy jugamos contra el Atlante. Ganamos 2/0. El partido fue muy bueno y quedé contento de mi actuación. Los argentinos del Vélez Sarsfield debutaron derrotando al Germania 3/1; un llenazo en el campo. Comí en Orizaba. Después encontré a Carmen con los demás. Vimos *Romance* de Greta Garbo. A las siete fuimos a la Flor de México donde merendamos. Los dejé allí para encontrar a papá. Fuimos al teatro Principal donde se representaba *Alma suriana*, una magnífica revista. Me acosté a las once y media, después de oír las noticias deportivas.

Día 19.— Tengo mucho trabajo en la oficina. Hablo a Carmen, pero el teléfono está imposible; volveré a telefonar a la una. Lo hago. Iré a verla. La encontré viniendo de su casa. Le llevo la fotografía de fútbol que le prometí. Después de pasar un rato delicioso en la banca, me fue a dejar al coche. Hoy llegué tarde. Papá me preguntó irónicamente la causa de mi tardanza, pero evadí la respuesta. Todo quedó en paz. Ojalá y no vuelvan las tempestades... Dormí un rato y bajé al despacho. Por la tarde subí a merendar. Por la noche estuve escuchando el radio.

Día 20.— Amaneció el día espléndido, aunque fresco. A las diez y media de la mañana apareció en el cielo un cuerpo luminoso que llamó la atención de la gente. Era fácilmente perceptible y las suposiciones de todo el mundo eran a cuál más descabellada. Resultará Venus sin duda alguna. Telefoneé a Carmen a la una. Hoy no iré a verla. Por esta razón comí más temprano. Después estuve en la habitación de Secades donde discutimos un rato. A las siete de la tarde hablo con Carmen. Cada día disfruto más de

estas charlas porque en ellas me doy cuenta de que me va queriendo más y más. Cada día nos comprendemos mejor. Por la noche estuvimos de charla Manuel, Secades y yo en mi cuarto. Me acosté a las once.



Día 21.— Me levanto a las siete y media. A las once hablé con Carmen, más brevemente que de costumbre. Nos vimos a la una. Fuimos hasta uno de nuestros sitios preferidos y nos sentamos sobre la hierba. Es muy agradable la temperatura y luce un sol espléndido. Carmen tiene una rodilla mala y noto que al

regreso apenas puede caminar. La dejé a las dos de la tarde. Por la noche leí en mi cuarto y escuché un rato de música. Me acosté a las once y media.

Día 22.— Me levanté a las ocho. Telefoneé como de costumbre a Carmen y fui a verla a la una. Nuestras entrevistas van haciéndose cada vez más frecuentes. Todo el tiempo que estamos juntos nos parece poco. Pensé llamarla en la tarde, pero sabía que no estaría sola en la casa y desistí de hacerlo. Escribí una poesía, que le entregaré un día de estos. En la noche iré a ver a Ramón Fuentes. Hacia las once hubo un ligero temblor.

Día 23.— Hoy hubo entrenamiento. Hacía una agradable mañana. Telefoneé temprano a Carmen, pero en la tabaquería desde donde hablo hubo un cambio de personal; ahora nadie me conoce allí y nuestras conversaciones tendrán que ser más breves. Es un contratiempo que me tiene muy disgustado. Iré a

ver a Carmen. Hoy no ha ido Sánchez; estamos solos en la banca. Son ratos maravillosos que pasan en un abrir y cerrar de ojos. No me canso de mirarla. La adoro. Por la tarde fui a Telégrafos y aproveché para telefonarle; pero como había alguien en su casa tuvimos que desistir. Me dijo que Sánchez estaba con sus papás “tratando un negocio”. ¡Felicidades! Volví al despacho donde tuve mucho trabajo. Después de cenar estuvimos en mi cuarto. Secades parecía de buen humor y se reanudaron los bailes rusos, largamente interrumpidos.

Día 24.— Me dormí y tuvieron que despertarme. El tiempo ha vuelto a empeorar; hace frío y no hay sol. Como hoy es sábado, no iré a ver a Carmen. En la mañana tuvimos una apasionada plática. Me siento feliz. No cambiaría estas conversaciones por nada. Comí temprano y dormí una buena siesta. Por la noche fuimos a la bolera, a petición de Ángel. Regresamos a las doce de la noche. A esa hora hacía un enorme frío y las calles estaban empapadas por la helada.

Día 25.— Hoy jugamos contra el Aurrerá. Hablé a padrino para ver si yo pasaba por Poncho, pero me dijo que él lo llevaría al partido. Éste fue un desastre; perdimos por 5/4. Después encontré a Carmen y estuvimos juntos hasta las dos de la tarde. Comí en los Álamos, en casa de tío Manuel y tía María. Me levanté de la mesa a las tres y media y esperé un cuarto de hora por Carmen. Fuimos en el coche de Sánchez al Regis, donde vimos *Wu-li-chang*, de Vilches. Después, como ya se me hacía tarde, los dejé en la Flor de México y me seguí hasta Mesones, donde encontré a papá. Noté que había algunas cartas mías para Maruja que habían sido revueltas en mi cajón. Además, encontré a papá en mi cuarto oyendo radio. Posiblemente mi imprudencia dio origen a que papá leyera esas cartas. En ellas hablaba de mi amor por Carmen y de la total imposibilidad de dejarlo. ¡Tanto mejor! Por la noche

fuimos al Principal a ver *Brujería*, una revista de Soto que fue un verdadero desastre.

Día 26.— Telefoneé a Carmen, como de costumbre. Parece que en el Centro Asturiano va a celebrarse una junta para formular un reglamento relacionado con el uso del teléfono. Eso va por mí, ni duda cabe. Estoy haciendo un librito de poesías para Carmen. En la noche estuve trabajando en él hasta medianoche.

Día 27.— Carmen me ha dado una mala noticia. Operarán hoy a Lydia en el Sanatorio Francés. Está grave. Vuelvo a hablar a la una y no podré ir a verla; en la tarde la llamaré de nuevo. Me dice que Lydia ha mejorado algo, pero que de todos modos persiste la gravedad. Continúo trabajando en mi libro. Hoy estuve escribiendo y corrigiendo hasta la medianoche.

Día 28.— Me dice Carmen que Lydia ha mejorado bastante. Ayer me pidió una foto que yo tenía de ella cuando era una niña; me promete darme otra foto mejor en cambio. En nuestra cita de hoy estuvimos casi todo el tiempo en el coche de Sánchez revisando un álbum de fotos de otros tiempos. La fotografía que me dio Carmen es magnífica; estoy feliz con ella. Después de comer, dormí un rato. Va empezando a hacer calor. Por la noche, volvimos a la bolera. Rimada y yo les ganamos a Manuel y a Rufino. Volvimos a la una y media. El frío era intenso, pues estaba cayendo una fuerte helada.

Día 29.— Por la mañana fui a entrenar. Hace buen tiempo. Carmen me dijo que Lydia seguía mejorando. A las diez y media sentimos dos nuevos temblores, el primero de bastante intensidad. A mediodía, en la esquina de Mesones e Isabel la Católica, encontré a Sánchez, Consuelo, María y Carmen. Habíamos quedado en vernos. Después de comer... 